



Combate de Reinaldo con Gradaso. (T. II, p. 217.)

Mesa abundante y buen alojamiento  
Encuentra allí; mas poco come, poco  
Duerme, que su tormento  
La agita con continuo movimiento.

Mas de vista no pierdo,  
Por hablar de esta dama,  
A los dos combatientes que de acuerdo  
Sus corceles atando de una rama,  
Al borde de una fuente, se pelean,  
Con el único objeto  
De ver cual es aquel que, mas gallardo,  
Merezca á Durandarte y á Bayardo.

Sin clarín que le excite, sin maestro  
Que los golpes le indique, el hierro saca  
Cada cual de los dos; ágil y diestro  
A su enemigo con ardor ataca,  
Y los terribles golpes que se aplican  
Su cólera y sus fuerzas reduplican.  
Hallar fuera imposible dos espadas  
De tanta solidez, que al tercer tajo  
Pudieran resistir de estas, probadas  
En tantas ya y en tantas ocasiones,  
Que pueden, sin saltar hechas pedazos,  
Contrarestar la fuerza de sus brazos.  
Con gran destreza y arte,  
El pié moviendo de una y otra parte,  
Reinaldo evita el furibundo amago  
De la siempre terrible Durandarte,  
Que, felizmente en vago  
Hiriendo ó dando en parte defendida,  
No le consigue arrebatarse la vida.

Con mas acierto aquel del rey Gradaso  
Una vez y otra el fuerte brazo tunde,  
Y ya en el flanco, agora do la cota  
Con lo bajo del yelmo se confunde,  
De punta hiere y de reves azota.  
Vana es empero su arte y su fatiga;  
A tanto golpe rota

Ver no logra una chapa ni una malla,  
Que, encantada, no es raro que resista  
A su ímpetu del moro la loriga.

Sin descansar y sin volver la vista,  
Atentos solo á la feroz batalla  
Se agitan, cuando un gran fragor se escucha.  
Ambos los ojos vuelven, y empeñado  
Ven á Bayardo en peligrosa lucha.

Mas grande es que el corcel el monstruo aladi  
Que dél se agita en derredor. Su pico  
Tres brazas tiene largo,  
Y agudo es su espalon, su ojo de fuego,  
Su aspecto horrible, su mirar amargo.  
Negra pluma lo cubre, y cuando vuela  
Es cada ala mas grande que una vela.

Pájaro quizá es; mas yo declaro  
Que solo de Turpin en la obra he visto  
La descripción de un animal tan raro.  
Esta razon á recelar me induce  
Que, mas bien que ave, algun demonio sea  
Que allí Mangis conduce  
Por poner fin á la tenaz pelea.

Así Reinaldo opina, y se enfurece  
Contra Mangis; mas este afirma y jura,  
Por aquel que al sol da su lumbre pura,  
Que tan grave reproche no merece.

Ave ó demonio, en fin el monstruo baja  
Y á Bayardo acomete con ventaja.  
Rompe las riendas el corcel pujante,  
Y sus dientes prepara y sus pezuñas;  
Mas alzándose al aire en este instante,  
Torna á bajar aquel, y con sus uñas  
Le acosa y le maltrata. No pudiendo  
Bayardo, en fin, hallar otra defensa,  
Va del bosque vecino  
A refugiarse entre la sombra densa.

Con la vista siguiendo su camino,  
Vuela la alada fiera;

Mas Bayardo en la selva se sepulta,  
Y abrigo encuentra en una cueva oculta.  
Su pista pierde el monstruo, y, nueva presa  
Buscando, los espacios atraviesa.

No bien Gradaso y el de Amon advierten  
La fuga de Bayardo, la contienda  
Convienen en que es justo se suspenda,  
Hasta que á aquel que la causó liberten  
Del monstruo que lo sigue por la selva;  
Conviniendo ademas que hácia la fuente  
El que lo alcance con Bayardo vuelva,  
Y allí lo restituya  
Hasta que la batalla se concluya.

Siguiendo, pues, la huella mas reciente  
Que estampada se ve sobre la yerba,  
A dirigir tras del corcel el paso  
Se aprestan el de Amon y el rey Gradaso.  
Este, que allí conserva  
Su alfana, monta y parte diligente  
Sin ver la pena que Reinaldo siente.

Triste el de Amon, inquieto y afligido  
Cual nunca hasta hoy se vido,  
Pierde á poco la pista de Bayardo  
Que, huyendo de la fiera los insultos,  
Los parajes mas ásperos y ocultos  
De la selva prefiere. Mas sin fruto  
Viendo á la postre el héroe que se afana,  
A la fuente retorna, do, si vana  
Su promesa no fué, mirar espera  
Presto á Gradaso conduciendo al bruto;  
Este empero no llega, y descontento  
Reinaldo á pié se parte al campamento.

Mas feliz que el de Amon, en esto el otro  
Oye no léjos relinchar al potro;  
Hácia él se llega, y vele cual se esconde  
En la caverna, donde  
Parar el miedo le hizo su carrera;  
Dél fácilmente entónces se apodera.

Bien el pacto recuerda, que le obliga  
 A conducirlo al borde de la fuente;  
 Mas, harto de combate y de fatiga,  
 De esta manera dicese en su mente:  
 « Conquistelo quien guste en nueva guerra;  
 « Molesta yo la lid é inútil hallo.  
 « Del uno al otro cabo de la tierra  
 « Vine de este caballo  
 « A hacerme dueño, y pues su dueño soy  
 « Yerra quien piense que á volverlo voy.  
 « Si Reinaldo lo quiere, á la India vaya,  
 « Cual yo vine por él hasta esta playa.  
 « No en tu suelo á Reinaldo, ó patria mia,  
 « Mas peligros ofreces  
 « Que los que yo dos veces  
 « En Francia ya corré.» Y así diciendo,  
 La mas cómoda via  
 Para Arles toma; al campamento llega,  
 Y con Bayardo y Durandarte al punto  
 En preparada nave al mar se entrega.  
 Mas, cambiando de asunto,  
 A seguir voy á Astolfo, que, una silla  
 Y un freno habiendo al hipogrifo puesto,  
 Surca la azul esfera  
 Mas rápido que el águila altanera.  
 Luego que desde el Rin hasta Bretaña  
 Toda Francia recorre, del Pirene  
 Las altas cumbres viene  
 Atravesando á visitar la España.  
 Entra en Navarra; hácia Aragon va luego;  
 A su diestra dejando la Vizcaya,  
 Y á su izquierda la playa  
 De Tarragona, vuela hácia Castilla,  
 Y al Luso visitando y al Gallego,  
 Baja despues á Córdoba y Sevilla;  
 Los puertos todos, todas las ciudades  
 De España, en fin, recorre y maravilla.  
 Dirigiéndose á Gades,

El limite por Hércules prescripto  
 Al navegante ve. Del Atlas luego  
 Volar queriendo hasta el confin de Egipto,  
 Descubre las famosas Baleares,  
 Y recorre los mares  
 Que á Arcila con sus olas  
 Separan de las costas españolas.  
 Fez, Marruecos, Oran, Argel, Tipona  
 Y Bugia á su presencia se presentan,  
 Ciudades todas célebres que ostentan  
 Su poder en su espléndida corona.  
 Hácia Biserta y Túnez se dirige;  
 A Capsis ve; ve la insula de Alzerbe,  
 Tripoli, Ptolomaide, Berenice  
 Y hasta do el Nilo, entrando en Asia, hierve.  
 Por cima á cuanta tierra  
 Hasta la mar encierra  
 Del rudo Atlante la silvosa falda,  
 Vuelve luego la espalda  
 A los áridos montes de Carena.  
 Del Cireneo por la ardiente arena  
 Prosigue su jornada,  
 Y á Nubia en fin llegando y á Albajada,  
 De Bato nota el monumento triste,  
 Y el gran templo de Amon que ya no existe.  
 Hácia otra Tremecen, que de Mahoma  
 El rito observa, márchase en seguida,  
 Y el rumbo luego hácia la Etiopia toma  
 De aquella por el Nilo dividida.  
 De la ciudad de Nubia en el recinto,  
 Entre Dóbada y Cualle, su carrera  
 Detiene, y á este pueblo considera,  
 Que, en fe del resto de África distinto,  
 Por defenderse del furor pagano  
 Nunca deja las armas de la mano.  
 Desde este suelo hasta la opuesta orilla  
 Del Rojo mar, de gentes y oro copia  
 Tiene Serapo, emperador de Etiopia,

En cuya diestra, en vez de cetro, brilla  
La santa cruz que libra del abismo.  
Este, si no me engaño, es el paraje  
Donde figura el fuego en el bautismo.

En la corte de Nubia, en el castillo  
Párase Astolfo en donde  
Habita el rey, y á cuyo interno brillo  
Su exterior solidez no corresponde,  
Atónitos sus ojos  
Ven del oro mas fino fabricados  
De puentes y de puertas los candados,  
Las cadenas, los goznes y cerrojos.

De este metal la insólita abundancia  
A su valor allí no perjudica.  
De cristal columnatas cada estancia  
Ornan de esta mansion cómoda y rica,  
Y en justo y bien proporcionado espacio  
En sus soberbios artesones brilla  
La luz purpúrea, verde ó amarilla  
Del rubí, la esmeralda y el topacio.  
Las perlas y las piedras mas preciosas  
Ornan en fin los muros del palacio.

Mas que en Jerusalem allí se cria  
Mirra, bálsamo, almizcle, ámbar, incienso  
Y cuanto aroma de valor inmenso  
A nuestro suelo el de la aurora envia.

Dícese que el de Egipto es tributario  
De este rey, que contrario  
Curso dando del Nilo á la corriente,  
De hambre puede matar toda la gente  
Que encierra el Cairo y su feroz comarca.

Serapo este monarca  
Se llama allí. Nosotros vulgarmente  
Por aquí Preste Juan le apellidamos.  
De cuantos reyes conoció por amos  
La Nubia, este se dice  
Que fué el mas rico: empero  
Mortal nunca existió mas infelice

Pues, falto de la vista, otro inaudito  
Mayor suplicio su existencia abruma,  
Y es que, no obstante su riqueza suma,  
Satisfacer no puede su apetito.

Por la sed hostigado ó por el hambre,  
Cuando á su mesa opipara se acerca,  
De atroces monstruos infernal enjambre  
Con avaricia terca  
Los manjares disputale, vertiendo  
É inficionando con sus uñas cuanto  
En sus sucios estómagos no cabe.

De este suplicio grave  
Hé aquí la causa. jóven todavía  
Lleno Serapo de ánimo y de nervio,  
Cubierto de oro y de poder, un día  
Segundo Lucifer, audaz, soberbio,  
Guerra mover al Ser supremo quiso.  
Al monte que su frente al cielo eleva,  
Y que en su falda encierra el paraíso,  
Primera habitacion de Adán y de Eva,  
Con hueste de elefantes, dromedarios  
Y de gentes de á pié sus pasos lleva,  
Y subyugar esta region medita,  
Si humana gente en su recinto habita.

Mas frustró Dios sus planes temerarios.  
A un ángel suyo envia  
Que á cien mil mata de la altiva grey,  
Y á Serapo su rey  
Priva por siempre de la luz del día,  
El suplicio imponiéndole en seguida  
De ver siempre su mesa devorada  
Por la caterva escualida, salida  
Con este fin de la infernal morada.

Su desesperacion á aumentar vino  
Uno que con pasmosa profecía  
Le anunció que su mal no acabaría  
Hasta que, por insólito camino,  
Llegase allí sobre un corcel alado

Un guerrero ; y el rey, que , incrédulo , esto  
Juzga imposible , á su dolor funesto  
Quedó sin esperanzas entregado.

Hoy que , de encima á la mas alta torre,  
El pueblo ve bajar al caballero ,  
A dar la nueva corre  
Al rey, que de alegría ,  
Olvidando el fiel báculo , adelanta  
Las manos , y al encuentro  
De Astolfo va con insegura planta.

En el patio que dentro  
Del alcázar existe , aquel descende.  
El rey, llegando á su presencia , extiende  
Ambas sus manos , se arrodilla y dice :  
« ;Oh nuncio del Señor, nuevo Mesias!  
« Si con culpas impias  
« A aquel que aqui te manda ofensas hice,  
« Piensa cuan frágil es el hombre, piensa  
« Que del Señor es la bondad inmensa.  
« De mi error convencido,  
« Que me volvais la vista aqui no os pido,  
« Bien que hacerlo pudierais, pues no ignoro  
« Que á un ángel hablo del celeste coro.  
« Básteos verme privado de los ojos,  
« No querais mis enojos  
« Aumentar permitiendo á esas infandas  
« Arpias de mi mesa  
« Verter el vino y devorar las viandas.

« De mármoles un templo yo prometo  
« Alzaros dentro de la estancia mia  
« Que de oro tenga puertas y techumbre,  
« Cuajado en su interior de pedreria.  
« Grabando en él desde hoy vuestro milagro,  
« A vuestro santo nombre lo consagro. »

Diciendo así , buscando va entretanto ,  
Por besallos , el rey los pies de Astolfo ,  
El cual responde : « Ni ángel soy ni santo,  
« Mas un mortal , un pecador indigno

« Del favor que benigno  
« El cielo me concede. Hacer empero  
« Cuanto yo pueda en vuestro obsequio quiero.  
« Y si dar muerte ó ahuyentar consigo  
« A ese fiero enemigo,  
« No las gracias me deis; dadlas al cielo,  
« Que hácia este sitio encaminó mi vuelo.  
« Reservad pues al cielo esas ofertas,  
« Y elevadle , si os place , templos y aras. »

Así diciendo , llegan á las puertas ,  
Seguidos de las gentes mas preclaras  
De Nubia , Astolfo y el monarca. Aqueste  
Ordena que se apreste  
Sin tardanza un banquete , al cual invita  
Al guerrero , esperando  
Que comer esta vez se le permita.

En rica sala , ante él en el instante  
Espléndido banquete se presenta ,  
Al cual Astolfo con el rey se sienta.  
Un ruido en esto se oye rechinante,  
Y , pálidas y flacas , siete arpias  
Cuyas , mas que la muerte , hórridas faces  
Muestran no haber comido en muchos dias,  
Sus grandes alas agitando , llegan.  
Encorvadas , rapaces  
Sus uñas son , su aliento pestilente,  
Y , á guisa de serpiente ,  
Su larga cola enroscan ó despliegan.

Sobre el rico banquete  
A un tiempo desplomándose las siete ,  
Los manjares esparcen y devoran ,  
Y de sus vientres tal hedor se escapa ,  
Que las narices cada cual se tapa.  
Lleno de ira el britano mozalbete  
Con su espada á los monstruos acomete ,  
Y en el cuello los hiere y en el ala.  
Mas vanos , cual si diera sobre estopa ,  
Mil golpes da sobre la alada tropa ,

Que al fin repleta, parte de la sala,  
Hediondas huellas del olor que exhala  
Dejando en cada plato y cada copa.

El rey, á quien anima la esperanza  
De que el britano su cadena rompa,  
Suspira y gime al ver que nada alcanza.  
De su encantada trompa  
Se acuerda en tanto el duque, y decidido  
A vencer, adoptando este partido,  
Ruega al rey y á su gente  
Que con cera caliente  
Se tapen el oido,

A fin de resistir á tal sonido.  
De Hipogrifo en seguida  
Saltando sobre el lomo,  
Ordena al mayordomo  
Que apreste en el instante otra comida.  
En un salon vecino sin tardanza  
Nuevo banquete adviértese dispuesto.  
Sobre él, siguiendo su invariable usanza,  
Se arrojan las arpías; mas en esto  
Su trompa Astolfo empuña. No teniendo  
Las orejas tapadas,  
Olvidando el festin, amedrentadas  
Huyen las fieras á tamaño estruendo.

Allí dejando al rey y á su palacio,  
Tras los monstruos el duque, con la espuela  
A Hipogrifo lanzando en el espacio,  
La trompa toca y sin descanso vuela.  
Hacia la zona tórrida en su espanto  
Los aligeros monstruos se dirigen,  
Hasta que el monte ven do, si lo tiene  
En parte alguna, tiene el Nilo origen.

Casi ya al pié de este encumbrado monte  
Se nota una abertura,  
Que, para descender hasta el infierno,  
Se dice que es la puerta mas segura.  
Por esta puerta, del terrible cuerno



Astolfo pone en fuga á las Arpias. (T. II, p. 226.)

Huyendo el alto son, se entran las fieras  
Del Cocito á abrigarse en las riberas.

Y pues allí del Hipogrifo el curso  
Y de la trompa el son que infunde espanto  
El guerrero suspende, mi discurso  
Suspendo yo tambien hasta otro canto.

### CANTO XXXIV.

Llegada de Astolfo al infierno. — Aventuras de Lidia. — Viaje de Astolfo al paraíso terrestre, desde donde le conduce S. Juan el Evangelista al reino de la Luna. — Topa Astolfo con la ampolla donde está encerrado el juicio de Orlando.

¡De hambrientos monstruos oh cuadrilla infanda,  
Que á los pueblos ilusos  
De la misera Italia el cielo manda  
Por enmendar tal vez largos abusos,  
De tierna niña y de angustiada madre  
Devorando el sustento en una cena,  
Vuestra codicia á muerte los condena!

De imperdonable crimen se hizo reo  
El que la cueva á abrir tornó profunda  
Do sepultada estuvo y sin empleo  
Por tantos años la caterva inmunda  
A cuya vista, de su heroico suelo  
La paz huyendo y la audacia, nace  
La atroz miseria, el duelo  
En que la Italia ha largo tiempo yace,  
Y en que sumida yacerá, hasta tanto  
Que de sus hijos el valor despierte  
Gritando : « ¡Qué! ¿no se hallará quien fuerte  
« A Calais imite y á Zeteo?  
« ¿Uno no habrá que con osada mano  
« Del furor de esos monstruos me liberte,  
« Cual libertado antaño fué Fineo,  
« Cual Senapo lo fué por el britano? »